INCAS, DIABLOS Y PROCESIONES

IDEAS SOBRE LA ESTRUCTURA DE LA PROCESIÓN CRISTIANA EN EL MUNDO ANDINO

Paul Orlando Vera Basilio
Universidad Complutense de Madrid

La procesión fue una actividad impuesta a partir del siglo XVII, como un símbolo de «triunfo» del poder español sobre las religiones indígenas[1]. Significó una especie de *culmen* o punto más álgido del proceso de Extirpación de idolatrías[2], donde se buscó, a toda costa, acabar con la «idolatría y gentilidad» de los nativos.

Delante del anda cristiana, iban los «hechiceros» vencidos, convertos y confesos, como un símbolo de sumisión y ejemplo para el resto de la población[3].

---

[1] La procesión cristiana, como estructura de ostentación de poder, de un dominante sobre un dominado, no tiene parangón en las sociedades andinas. A lo más que se podría parecer, arriesgando comparaciones, es a los paseos que los indígenas daban a sus muertos o ancestros *(Mallquis*, en quechua), sobre andas, llevándolos de un lado a otro, porque, al igual que la vivos, jugaban un rol fundamental en la sociedad y necesitaban atender sus asuntos. Tenían sus propiedades, gente que los atendía y parafernalia. Salían a veces a visitar otras casas, tanto de vivos cuanto de otros *mallquis* (Arriaga, 2002; Pedro Pizarro, 1844). Y, en el tiempo de los muertos, o mes de los muertos, eran sacados de sus casas para rendirles culto: darles de comer, de beber, pasear los por las calles... (Guamán Poma de Ayala, 1615). No obstante, hay una diferencia fundamental: los ídolos cristianos son imágenes representativas de la divinidad, los intermediarios para llegar a ella, y no tienen ninguna incidencia directa en los asuntos sociales o políticos de los pueblos que los veneran. Los *mallquis,* por su parte, son parte viva de la sociedad y juegan un rol fundamental en ella. Siendo estrictos, no son divinidades, a pesar que reciban culto, sino más bien son un actor activo, que tiene voz y, sobre todo, decisión en los rumbos de la cotidaneidad. De ahí que mantenga las posesiones que tuvieron en vida e, incluso, tengan gente a su servicio, que habla por ellos, comunicando su voluntad y designios. Siguen siendo pobladores, tal cual lo fueron, con el mismo poder que tuvieron en vida. De ningún modo interceden ante la divinidad. Partiendo de ello, el *paseo* o recorrido, fundamental en la procesión cristiana, ya que es en él donde ostenta su poder, en los *mallquis* no tiene significancia mayor alguna, tan solo es el tránsito común de un lugar a otro, desprovisto de toda parafernalia, y con el objetivo de simple movilización y, a lo más, de ostentar su vigencia como parte activa de la sociedad.

[2] Arriaga, Pablo José De, [1621] 2002, 155. El autor, célebre extirpador de idolatrías, señala la procesión daba inicio acabando el trabajo del Visitador de idolatrías. Esto es, luego de haber destruido todas los ídolos y parafernalia de cada pueblo, luego de haber descubierto y confesado a todos los hechiceros, y luego de haber celebrado la misa inmediatamente posterior a esos hechos previos.

[3] Ibídem. Apunta Arriaga: «*Acabada la Missa se haze la procesión, cantando en la lengua la letanía de la Cruz, que anda impresa, van en la procesión los postreros de todos los Hechizeros en forma de penitentes delante de las andas. Y suele causar este espectáculo a quien lo mira con los ojos que se deve; mucha devoción, y sentimiento».* Previamente, estos hechiceros han sido sometidos a varias acciones para convertirlos. Por ejemplo, se les obliga a asistir a la *doctrina,* a diario; les cuelga una cruz del tamaño de una cuarta de mano en el cuello; se les obliga a hablar en público lo equivocados que estaban en sus acciones. Y a los que resisten, se les trasquila, azota o, en el peor de los casos, se les manda a la *Casa de la Cruz,* esta especie de prisión famosa hecha en Lima, para *hechiceros.*

Era, claramente, una ostentación de poder. El de los vencedores sobre los vencidos.

Esa estructura fundacional de la procesión no ha cambiado mucho con el tiempo.

Hoy, delante de las andas, desfilan coloridas y variadas danzas, ejecutadas aún por indígenas y nativos, en su mayoría.

Empero, sobre todo, el simbolismo sigue siendo el mismo: estas danzas representan un poder fenecido, un sistema derrotado que se expone adelante para ostentar la fuerza del vencedor que viene detrás.

Ejemplo claro de lo dicho es la danza de los diablos... Hace unos días, el Museo de América, de Madrid, publicó una lámina peruana del siglo XVIII donde está pintada «La diablada»[4] (Imagen 1, y su correlación contemporánea en Imagen 2). Explican que es un *«baile extendido en muchos países del continente americano»*, y que en él se realiza *«una teatralización del "bien" frente al "mal"*», donde el Arcángel San Miguel lucha frente a los diablos, que representan los pecados capitales. Y, claro está, termina venciéndolos.

La danza citada nos revela la estructura de la procesión misma: La victoria del bien frente al mal, de lo cristiano frente a la idolatría, de Dios frente a las huacas, de lo occidental frente a lo andino...

Un ejemplo más claro todavía es la Danza de Los Incas, de Huamachuco, en La Libertad, donde indígenas campesinos, varones y mujeres, ostentan toda una gala de trajes y parafernalia (capas, coronas, cetros) que remiten al imperio inca[5], en una muestra exuberante de riqueza y poder pasados. Esta danza se despliega, en gran cantidad de integrantes, delante de la procesión (Imagen 3, y su correlación contemporánea en Imágenes 4 y 5). Sin embargo, todo lo majestuoso y poderoso que pueda tener, está siempre bajo el yugo cristiano que, en la procesión, está representado por la Virgen de La Alta Gracia, que va detrás, en sobre su propia anda.

Esta estructura se podría aplicar a todas las danzas que van delante de la procesión y tendríamos una conclusión similar. Lo derrotado va adelante como signo de sumisión ante el poder mayor que lo derrotó. Todo con el objetivo que la población vea el espectáculo como un ejemplo adoctrinador.

---

[4] https://www.facebook.com/104818959559634/posts/3786656624709164/.
La obra a la que se refiere es una acuarela que «forma parte de la obra de la obra realizada por Baltasar Martínez de Compañón, Obispo de Trujillo (Perú), durante el viaje pastoral a su diócesis entre los años 1782 y 1785».

[5] Escamilo, Simón, 2016. El autor señala que la danza representa la captura del Inca Atahualpa por los españoles. Esta representación también sería panandina, aunque con sus variantes, principalmente referidas al vestuario, en cada zona.

A casi quinientos años de la Conquista, sin embargo, hay algo que sí ha cambiado. En ese afán primero de mostrar lo vencido, en cierta medida se instauró y dispuso que ese elemento se repita en casa procesión, cada año; por tanto también se garantizó su continuidad. La población, actualmente, ya no ve a las danzas como un ejemplo de derrota, sino más bien como un símbolo de identidad cultural. Allí se encuentra «lo propio», «lo auténtico», lo que sobrevivió, y aún pervive, de ese pasado milenario y glorioso que tanto menciona y ensalza la historia y antropología reivindicativas de hoy.

La danza es un espejo de la población andina actual que ve en su reflejo, ya no al derrotado y mancillado, sino al ancestro, a la raíz, que le permite reconocerse y definirse. Al origen sobre el que puede sostener sus fuerzas para seguir andando en un mundo tan caótico y complejo que le exige, sí o sí, saber reconocerse e identificarse para poder luego transitar sobre él.



Imagen 1. Acuarela de la Colección del Obispo Baltasar Martínez de Compañón, siglo XVIII



Imagen 2. Diablos de Sarín, La Libertad, Perú. Tomada por el autor, en el 2016



Imagen 3. Procesión de la Virgen de la Alta Gracia, en Huamachuco. Década de 1930 aprox. Se aprecia a la danza de Los Incas, que van delante, y a ambos lados, del anda. Propiedad de la familia González. Cedida por Samuel J. González Aguirre



Imágenes 4 y 5. Integrantes actuales de la Danza de Los Incas de Huamachuco. Foto tomada por el autor, en 2018

BIBLIOGRAFÍA

Arriaga, Pablo José de

1621 [2002]. La extirpación de la idolatría en el Perú. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmch70c7

De Ávila, Franciso.

¿1598? [1966]. Dioses y Hombres de Huarochirí. Conocido también como «Runa Yndio Ñiscap». Narración quechua recogida por Francisco de Ávila. Traducción de José María Arguedas. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Escamilo, Simón

2016. *Los Incas. Danza ritual guerrera.* En Guamachuco, Revista de Historia y Cultura. Año I, N°1. Centro de Estudios Histórico y Sociales Guamachuco, Trujillo.

Pizarro, Pedro

1844 [1571]. *Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, sacada del códice número CXX de la Biblioteca Imperial de Viena*. En Documentos inéditos para la historia de España, Imprenta de la Viuda de Calero, Madrid.

Guaman Poma de Ayala, Felipe

1615. El primer nueva corónica y buen gobierno. Centro digital de investigación de la Biblioteca Real de Dinamarca, Copenhague.

http://www5.kb.dk/permalink/2006/poma/info/es/frontpage.htm